

# ÒC

Griselda Lozano



Primera edición: noviembre de 2013

© 2013, Griselda Lozano

Reservados todos los derechos

Diseño gráfico: Larkos

Ilustración: Mario Tarragó

EDICIONES ANDANTE

[www.edicionesandante.com](http://www.edicionesandante.com)

ISBN: 978-84-942047-0-8

Printed in Spain

El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes lo reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte. Queda prohibida, asimismo, la inclusión total o parcial de este libro en un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, registro u otros métodos, sin la preceptiva autorización previa y por escrito del titular del copyright.

Desde la fe o las creencias de los hombres que forjaron la historia de aquellos días y que posiblemente, desde su más profundo convencimiento, afirmarían que no fue otro sino el maligno quien con su capacidad destructora se manifestó bajo la temible forma de furia desatada sucumbiendo todos y cada uno de ellos a la locura.

*Dieus verais, plens de doussor,*

*Senber, sias non guiren,*

*gardas d'enfernal dolor*

*pecchadors e de tormen*

*Pèire Cardenal.*

Dios verdadero, lleno de dulzura,

Señor, ¡sé nuestro protector!

Protege a los pecadores

del dolor del infierno y del tormento

## Lugdunum 1123

La magnitud de lo sucedido no podría ser descrita por los ojos confusos de quien busca en ello una señal de advenimiento, porque la verdad prefiere manifestarse a través de la mirada pura y certera de un niño.

### Lugdunum, 20 calendas de diciembre de 1103

Un ambiente estático y tenebroso envolvía aquella fría madrugada. Un manto de espesa niebla cubría desde el suelo todo cuanto la vista podía alcanzar. Tan solo la torre de nuestra abadía emergía limpia y firme en medio de aquella silenciosa e inquietante opacidad. Desde el establo donde me encontraba, pude ver avanzar, como un espectro, la silueta de alguien que entraba en nuestro recinto. A medida que se iba acercando, vi que se trataba de un monje que, con pasos vacilantes y hundiendo sus pies en el barro del sendero, se dirigía a nuestro cenobio. De inmediato, abandoné el cobertizo y fui en busca de fray Pèire, el cillerero, que en aquel momento se hallaba atareado con el inventario de provisiones de abastecimiento para nuestra comunidad. Con gran agitación le anuncié la novedad y, tras dejar el recuento en manos de un lego, ambos salimos apresuradamente de la despensa impregnada de olor a vino y trigo para llegar cuanto antes a la sala vestibular.

Cuando llegamos al atrio, escuchamos cómo alguien golpeaba insistentemente la puerta al mismo tiempo que una voz suplicante decía:

—Abrid la puerta, hermanos, en nombre de Dios, Nuestro Señor.

Entonces fray Pèire se acercó al pequeño cuarterón del pórtico y empezó a abrirlo. Mientras deslizaba la aldaba, escuché un largo e irritante chirrido casi al mismo tiempo que desaparecía de mi vista la tonsura de fray Pèire y en su lugar aparecía, bajo unas oscuras y pobladas cejas, su fulminante mirada azul de ojos redondos. Fue entonces cuando, como un rayo, acudió a mi mente la escobilla de cerdas y la bacina rebotante de grasa de caballo que unos días atrás él mismo me había entregado mientras me encomendaba encarecidamente la tarea de engrasar los goznes. Pasé unos instantes de pánico, pues conocía la rudeza de su carácter y me temía lo peor pero, por suerte para mí, fray Pèire se irguió de nuevo y preguntó:

—¿Quién llama?

—Un hermano predicador que solicita albergue.

—¿Bajo qué regla predicáis?

—Bajo la misma que rige vuestra comunidad, la de San Agustín.

Fray Pèire abrió con presteza el pesado pórtico y dejó entrar a un monje de pies desnudos que llevaba una manta mular sobre los hombros. Cerró de nuevo la puerta y, cuando se dio la vuelta, yo aproveché para esconderme detrás de su robusto cuerpo sujetándome con una de mis manos al ceñido cingulo que servía de soporte a su generosa barriga. Una vez dentro, el monje se quitó la capucha dejando su pálido y delgado rostro al descubierto y se inclinó ante fray Pèire pronunciando un "*pax Dei*".

Al percatarse de mi presencia, el monje no hizo ningún signo de asombro y tras examinarme minuciosamente levantó de nuevo su mirada y agradeció la hospitalidad a fray Pèire.

—¿En qué os podemos ayudar, hermano? —preguntó fray Pèire.

—Hermano, quisiera solicitaros humilde albergue para pernoctar esta noche en vuestra comunidad.

—Como sabéis, es nuestra misión ayudar a nuestros hermanos y peregrinos del camino del apóstol Jacme<sup>1</sup>. Dispondré que os preparen una celda para que descanséis. Seguidme, por aquí. —dijo fray Pèire mientras empezaba a andar en dirección al albergue destinado a los peregrinos.

El monje, sin embargo, no dio ni un solo paso, permaneció inmóvil y con voz firme dijo:

—Perdonad, hermano, es mi intención conversar antes con el abad.

Entonces fray Pèire, interrumpió la marcha y regresamos de nuevo donde estaba el monje forastero.

—¿Acaso el abad espera vuestra visita, hermano?

—Os doy fe de que así es.

Fray Pèire hizo una pausa y, poniendo en duda las palabras que acababa de escuchar, dijo con vehemencia:

—De saber que estaba esperando vuestra llegada, el abad me lo habría comunicado y os doy fe, hermano, de que esta circunstancia no se ha producido.

—A pesar de ello, quisiera que tuvierais la bondad de avisar al abad —insistió de nuevo el monje.

En aquel momento, conociendo de antemano cómo reaccionaba fray Pèire cuando se le contrariaba, supe que daba por terminada la conversación y que no tardaría en ejecutar sus propósitos sin tratar de razonar, convencer o debatir cualquier cuestión con el monje.

—No temáis, le avisaré y pronto podréis hablar con él. Ahora, si me acompañáis, os llevaré a vuestra celda.

Nuestro huésped cambió su semblante y con voz rotunda dijo:

—Hermano, os lo ruego, deberíais avisar al abad como os he pedido, es menester que hable con él cuanto antes.

Entonces, fray Pèire, visiblemente molesto, dijo:

—El abad todavía duerme, hermano. Deberéis esperar.

—Lamentablemente, hermano, no me es posible esperar, he de ver al abad ahora mismo —respondió de forma concluyente el monje.

Fray Pèire, desconcertado por la situación, le preguntó al monje:

—¿De dónde venís hermano?

—Vengo de lejanas tierras.

—Si habéis llegado aquí desde tan lejos, ¿acaso no podéis aguardar a maitines para conversar con el abad?

—Hermano, es sustancial y necesario que pueda hablar con el abad, creedme —dijo el monje sin moverse de donde estaba. Entonces fray Pèire intentó convencer al monje con otros argumentos:

—Deberíais comer y calentaros primero. Acompañadme al refectorio —le propuso esta vez mi mentor con voz suave y acogedora.

---

<sup>1</sup> Jaime en castellano y Jacme en occitano

—Siento contrariaros, hermano. Pero es primordial conversar con el abad antes que cualquier otra cosa. —insistió el monje declinando la oferta con un movimiento negativo de la cabeza.

Había muchas cosas que molestaban a fray Pèire, pero pocas que le encolerizaran tanto como el hecho de que alguien le llevase la contraria y, ante la reiterada negativa del monje, perdió los estribos y cambió su tono de cordialidad por otro más intimidatorio:

—¿A qué viene tanta prisa? —preguntó visiblemente molesto.

—Es con el abad con quien quiero hablar, hermano, de lo contrario no osaría solicitaros que le molestarais —respondió el monje con voz tranquila.

Entonces pensé que la respuesta del monje exasperaría a fray Pèire y acabaría por desatar su contenida indignación. Sin embargo, sorprendentemente, esta vez se quedó mudo y, aunque visiblemente irritado, solo se limitó a no contestar. Cogió aire, suspiró y finalmente decidió cambiar bruscamente de tema.

—Todavía no me habéis dicho vuestro nombre.

—Mi nombre no es relevante en este asunto, pero decidle al abad que le aguarda Arnau Tramunt y que ha recorrido un largo camino para llegar a vuestra abadía.

Entonces fray Pèire se dirigió al monje con voz sosegada y le dijo:

—Hermano Arnau, permitidme que os diga que deberíais estar agradecido a Nuestro Señor por haber llegado sano y salvo después de pasar por todos estos caminos plagados de *routiers*<sup>2</sup> y, sin embargo, veo que parecéis todavía intranquilo.

—Creedme cuando os digo que tengo motivos para estarlo —respondió el monje.

—Muy bien —dijo fray Pèire moviéndose de un lado a otro y arrastrándome tras él a cada movimiento puesto que yo seguía agarrado fuertemente a su cingulo— entonces debo suponer que es esta intranquilidad la que justifica que se moleste al abad ¿no es así hermano Arnau? Y no solo eso sino que también exigís que lo avise apresuradamente aunque sea interrumpiendo su descanso, ¿estoy en lo cierto hermano Arnau?

—Así es —respondió escuetamente el monje.

Fray Pèire irguió su espalda y mis dedos quedaron atrapados por su cingulo y, en cuanto dio el primer paso, mi cuerpo, de un tirón, quedó pegado a su espalda mientras mis pies intentaban no tropezar con sus piernas, que ahora avanzaban firmemente en dirección hacia el monje. Cuando estuvo frente a él, fray Pèire le preguntó:

—A propósito, hermano Arnau, ¿me diréis ahora cuál es el asunto por el cual se supone que tengo que importunar al abad y sobre el que debéis tratar con tanta urgencia?

—No deberíais impacientaros, hermano. Pronto lo sabréis si el Señor así lo ha dispuesto y el abad os lo confía —respondió el monje sarcásticamente.

—¿Acaso debemos temer por nuevas extrañas? —preguntó desconcertado fray Pèire.

—Deberíamos hermano, deberíamos... —respondió casi susurrando el monje.

Entonces fray Pèire volvió a irritarse y preguntó exasperado:

—¿No seréis un *goliart*<sup>3</sup> intentando alguna de vuestras patrañas para comer y beber graciosamente en nuestra abadía?

—¿Acaso me habéis confundido con un ocioso vagabundo? —respondió molesto el monje.

—Pero, ¿no sois un monje iletrado, verdad? —preguntó fray Pèire con sorna.

—Tenéis razón, hermano, no soy iletrado pero para vuestra tranquilidad os diré que no escribo ni trazo en latín ni tampoco me interesa la sátira.

—¿Y cuánto hay de verdad en vuestras palabras, hermano Arnau?

—Todo cuanto os he dicho es cierto.

—¿Y, cómo podría averiguar un humilde cillerero como yo, que no estáis mintiendo? —preguntó fray Pèire.

---

<sup>2</sup> Routiers- asaltantes en las rutas.

<sup>3</sup> goliardo - En la Edad Media, clérigo o estudiante vagabundo que llevaba vida irregular.

Como respuesta a estas palabras, el monje, visiblemente molesto, puso su mano en el zurrón que portaba y sacó de él un pequeño morral de piel de oveja atado con un fino cordel por uno de sus extremos, luego lo puso en las manos de fray Pèire diciéndole :

—Entregad esto al abad. Él lo entenderá.

Fray Pèire, sin preguntar, escondió rápidamente la limosnera bajo su escapulario al tiempo que distendía el nudo de su ceñido cingulo, ocasión que aproveché para sacar mi adormecida mano atrapada.

Luego, dirigiéndose al monje, fray Pèire le ordenó:

—Esperad aquí.

Cuando fuimos en busca del abad, este doblaba la esquina del pasillo de acceso a la torre principal y a punto estuvo de tropezarse con nosotros si no fuera porque fray Pèire se detuvo bruscamente y, antes de que el abad pronunciara una palabra, se puso de puntillas tratando de alcanzar su altura al tiempo que el abad inclinaba su cabeza cada vez más para escuchar atentamente las palabras que fray Pèire le susurraba al oído. Acto seguido, mi mentor sacó con presteza la bolsa de cuero que tenía escondida y se la entregó al abad tal y como le había pedido el monje.



El abad se acercó a la tea más próxima y examinó la bolsa con las manos durante algún tiempo, finalmente deshizo la atadura y volcó el contenido en la palma de la mano. Eran dos monedas escondidas entre migas de pan duro. El abad, hombre atento a los más sutiles detalles que ocurrían dentro de nuestra comunidad, palideció y, sin esperarnos, se marchó de inmediato en busca del monje dando grandes y rápidas zancadas con sus largas piernas por el pasillo que conducía a la sala vestibular. Nosotros le seguimos todo lo rápido que las cortas y robustas piernas de fray Pèire nos permitieron. Cuando entramos de nuevo en el atrio, vimos que el monje se dirigía rápidamente hacia el abad y postrándose a sus pies exclamaba:

—Abad, mi alma está cansada y mis pies gastados de andar por tierras extrañas, quiero que me redimáis... si es que en esta abadía mora el espíritu de Dios Nuestro Señor.

Entonces el abad le preguntó:

—¿Por qué habláis con estas palabras? ¿Acaso os ha abandonado la fe?

—Abad, debo confesarme, debo proteger mi alma de sucesos inesperados que me persiguen sin tregua.

Entonces el abad, interrumpiendo bruscamente al monje dijo:

—Está bien, hijo, pero antes deberíais descansar. Venid conmigo, os acompañaré a vuestra celda y allí podréis hablar cuanto queráis —dijo mientras ayudaba al monje a levantarse del suelo.

Salimos en dirección al albergue a través del claustro acabado de construir. En la galería parpadeaban las antorchas recién encendidas que iluminaban los pasillos y, mientras algunos legos se afanaban en la tarea de llevar leña y paja para caldear el refectorio, el resto de la comunidad salía de sus celdas para acudir a maitines y algunos monjes, llevados por la curiosidad, entretenían su marcha con algún que otro pretexto para averiguar qué era lo que estaba sucediendo.

Por entre los arcos del claustro, pude ver cómo el abad y nuestro huésped cruzaban por el centro del patio y pensé que quizás el abad quería eludir el encuentro con los frailes. Instintivamente, me escondí tras una columna para no ser visto. Mientras observaba atentamente, sucedió algo extraordinario que convirtió aquella noche en una experiencia de intensidad inigualable, que jamás olvidaría. Durante su marcha siguiendo al abad, el monje se detuvo y cayó sobre sus rodillas, abrió los brazos en cruz y, dirigiendo su vista al cielo, empezó a rezar con gran exaltación. El abad, que iba delante, se giró hacia él y todos los que estábamos en la galería nos asomamos al patio y fuimos testigos de un hecho excepcional: la voz del monje dejaba de ser la suya y empezaba a hablar en una lengua desconocida para nosotros.

Fue entonces cuando el abad se retiró unos pasos hacia atrás y todos los demás buscamos protección detrás de las columnas que soportaban los arcos del claustro. Pero de poco nos sirvió, porque para entonces el Maligno ya había abierto las puertas del infierno, aunque los allí presentes todavía ignorábamos cuán cerca estábamos de comprobar su maléfico poder. Y en aquel mismo momento, ante nuestros incrédulos ojos, apareció el fuego engañoso de Satanás danzando alrededor del monje mientras la tierra se abría bajo sus pies y su corteza se levantaba hasta atraparlo y engullirlo lentamente entre sus fauces. Sin duda alguna, el diablo había tomado forma de bestia hambrienta y feroz.

—¡Hemos dejado entrar al Maligno! —exclamó fray Pèire— ¡Quemad incienso, quemad estoraque blanco! —clamaba una y otra vez mientras corría aterrorizado de un lado a otro del claustro.

Entonces el Maligno se enfureció y, con su implacable ira, atizó su fuego infernal y el infeliz monje, atrapado y envuelto entre largas y rojas lenguas de fuego, ardió hasta retorcerse, hasta convertirse en la criatura más extraña que jamás se haya visto y que nadie podría determinar con certeza a qué clase de naturaleza aterradora pertenecía, pero que sin duda, no podía ser otra que la del propio averno. En aquel momento, en medio del espeso humo que cegaba nuestros ojos y ahogaba nuestras gargantas, temimos lo peor y, instintivamente, todos nos arrodillamos para rezar e implorar a Dios Nuestro Señor y también a la Virgen María, quien con su bello e inmaculado rostro nos arrancó de aquel fuego apiadándose de nuestras pobres y asustadas almas. Oramos con tanta fuerza y tan sincera devoción que se escuchó en el cielo y Dios Nuestro Señor acudió a nuestra llamada de fe enviándonos su poderosa y omnipotente luz celestial para disipar las tinieblas, mientras su infinito amor alimentaba nuestro espíritu y el calor de nuestra alma atenuaba hasta extinguirlos el frío y el miedo de nuestros cuerpos. Fue en ese momento cuando nos dimos cuenta de que un cuerpo yacía en el suelo, era el del monje forastero y así supimos que Dios Nuestro Señor lo había rescatado del infierno y había querido que nuestras ya apaciguadas almas fueran testigo de cómo la Bondad había vencido al Maligno. Nadie se movió de donde se encontraba, excepto el abad, que se acercó al pobre monje y, al ver que estaba exhalando su último aliento, dibujó en el aire con la mano derecha la señal de la cruz mientras pronunciaba el *ego te absolvo*.

Antes de expirar, el monje tuvo tiempo de pronunciar unas palabras que ni yo ni nadie pudo entender pero que el abad, un hombre culto que provenía de un noble linaje, que se había formado en las más diversas materias y era buen conocedor de diversas doctrinas debió de comprender porque se arrodilló y, con el rostro entristecido, pronunció unas sentidas y emocionadas palabras:

—*Occitania, patria de la nòstra lenga, que Deu vos ajude*<sup>4</sup>

Lentamente, la luz celestial dejó de brillar y de nuevo regresó la fría madrugada.

Todos permanecemos en silencio, incluso fray Pèire, que cuando me encontró entre la confusión de aquellos momentos, me cogió fuerte de la mano y me llevó con él al otro lado del claustro después de que acabaran aquellos acontecimientos. Poco después, en medio de un silencio sepulcral, se escuchó la voz del abad que nos dijo:

—Solo la fuerza de la fe os hará entender todos cuantos sucesos extraños habéis presenciado esta noche.

Después de ordenar cristiana sepultura para el fallecido monje, el abad se dirigió hacia una esquina a parlamentar con alguien a quien no pude ver, luego se inclinó y, tras retirarse la capucha, se dio la vuelta y se dirigió de nuevo hacia nosotros ordenando ensillar su caballo y pidiendo a sus criados que le pertrecharan sus armas y todo cuanto le fuese necesario para salir de viaje.

---

<sup>4</sup> Occitania, patria de nuestra lengua, que Dios te ayude.

Al alba, un grupo de criados, dos caballeros, tres frailes, dos canónigos, un novicio y yo emprendíamos viaje junto al abad.

Fray Pèire se despidió de mí con un fuerte abrazo y, si no fuera porque me dijo que todavía tenía humo en sus ojos, hubiera pensado que lloraba. Antes de subir al carruaje, me dio una bolsa con alimentos. Luego me entregó una caja de madera y me dijo que contenía los utensilios que habitualmente utilizaba en mi iniciación a la escritura y en voz baja añadió:

—*Parles pas e escriu tot çò qu'as vist*<sup>5</sup>

Cuando abandonamos la abadía no sabía a dónde nos dirigíamos, pero unos días después de remontar la ribera del río Garona nos adentramos en el valle de los aranensis, donde el abad me dejó en manos de fray Bernat antes de proseguir con su viaje.

En aquel momento, y sin comprender con claridad aquellos acontecimientos, supe que mi vida estaba ya entregada a cumplir los designios que Nuestro Señor tenía dispuestos para mí en este mundo efímero. Pero por aquel entonces todavía ignoraba que entre ellos se encontraba la oportunidad de poder regresar de nuevo a esta abadía, después de varios lustros, para despedirme de mi estimado abad y obispo de Comenge y dejar fe en estos pergaminos de todo cuanto mis ojos presenciaron.

---

<sup>5</sup> No hables y escribe todo lo que has visto.

La primera vez que vi a mosén Orlà fue durante el mes de septiembre de 2011, año en el que acababa de doctorarme, y apenas unos meses después de que finalizara mi contrato como ayudante de un profesor universitario con quien llevaba a cabo distintas tareas de investigación en el Archivo de la Corona de Aragón en Barcelona.

Tal era el grado de implicación y entusiasmo que sentía por mi trabajo y también, por qué no decirlo, tenía tanto interés por publicar mi primera novela histórica que conseguí convencer a mi profesor y amigo, Luis Clemente, para que me diera una oportunidad y considerara la posibilidad de transferirme el encargo que había recibido de una reconocida editorial de Toulouse. El encargo en cuestión consistía en escribir una novela ambientada en la Occitania de la Edad Media con motivo de la celebración del octavo centenario de la batalla de Muret.

No me resultó difícil convencer a Luis, entre otras cosas porque él mismo me había animado en más de una ocasión a dar el salto al ámbito literario y quizás consideró que este era el momento idóneo para hacerlo. Durante aquellos días, Luis se sentía especialmente feliz y entusiasmado por la oferta que recientemente había recibido para ocupar la cátedra de Historia y Literatura Española en la Universidad de Berkeley, San Francisco, su ciudad favorita. Así que, su proyecto más inmediato se inclinaba más por la aventura del sueño americano que por zambullirse en las tinieblas de la Edad Media y mi propuesta, por lo tanto, más que un inconveniente, podría resultar ser, incluso, un gran alivio.

A principios del mes de junio de aquel año, Luis, una vez resueltos los trámites administrativos relacionados con la Universidad de Barcelona, inició las gestiones con la editorial de Toulouse, entre las que se encontraba la ardua tarea de convencerles de mi capacidad para llevar a cabo el encargo de forma satisfactoria. Finalmente, tras varios tira y afloja, Luis logró que me aceptaran como sustituta y, aunque al principio no se mostraban muy convencidos, al final accedieron tras conseguir que Luis se comprometiera a supervisar los textos y a prologar la novela.

A mediados del mes de julio, Luis se preparaba para su inminente marcha. Recuerdo que el mismo día de su partida, justo antes de subir al avión me llamó por teléfono para despedirse y darme las últimas indicaciones sobre el material que me dejaba, entre el que se encontraban notas y contactos que él ya había iniciado. Me deseó suerte y me recordó que le debía un guiño en la novela.

Yo, infinitamente agradecida, me despedí con el lema de su nueva Universidad: *Fiat Lux*<sup>6</sup>

Durante el resto de días del mes de julio mantuve varias entrevistas con la editorial de Toulouse y finalmente llegamos a un acuerdo económico y, aunque la remuneración no era ni mucho menos la que le habían ofrecido a Luis, para mí resultaba por lo menos rentable.

A finales del mismo mes me marchaba de vacaciones pero antes pasé por el ya antiguo despacho de Luis y le pedí a Merche, su secretaria, que me entregara el material que su jefe había dejado para mí. Merche me dio un sobre que contenía un cuaderno de notas, un directorio de contactos y otros sobres con nombres y referencias escritas. En uno de ellos se podía leer en letras grandes: "Obispo de la Seu d'Urgell" y en su interior, enfundado en plástico transparente, la copia de un fragmento que posiblemente pertenecía a un manuscrito del siglo XI con una nota adhesiva con las siguientes indicaciones: "Buscar el original. Posiblemente. *Armari des sies claus*<sup>7</sup> Arcipreste Valle de Arán (Mosén Orlà)".

Durante aquel mes de agosto, apenas volví a pensar en la novela y, a principios del mes de septiembre, concerté una entrevista con mosén Orlà. La tarde siguiente de llegar a Vielha, me dirigí hacia la rectoría de San Miquèu con el tiempo suficiente para llegar puntual a la entrevista. Eran las ocho de la tarde cuando pulsé el pequeño timbre de la rectoría y un agudo ruido a cristales rotos me asustó. No tardé en darme cuenta de que el timbre estaba estropeado, pero decidí esperar algún tiempo antes de insistir una vez más. No hizo falta esperar mucho porque mosén Orlà abrió la puerta.

—Buenas tardes —dije— soy Bernadeth Centelles.

—Buenas tardes, soy mosén Orlà, pase por favor.

Una vez dentro de su despacho, mosén Orlà me preguntó:

—Usted dirá ¿en qué puedo ayudarla?

—Verá mosén Orlà, en estos momentos estoy recopilando información para escribir una novela y, tal como le comenté a su secretario con el que hablé hace unos días, me gustaría poder consultar algunas cosas sobre el valle con usted.

—¿Y de qué trata la novela?

—Es una obra sobre Occitania.

—Ah, está bien, ¿y de qué género?

—Bueno, había pensado en hacer una novela histórica basada en los días previos a la batalla de Muret.

—Ah, está bien. Un tema interesante ¿Y cuándo lo sabrá?

—Disculpe, ¿a qué se refiere?

—A si será o no será histórica.

—Bueno, en principio será histórica, pero con matices.

—¿Y estos matices... cuáles son exactamente?

—Pues, por lo que se ha podido averiguar es muy probable que el rey Pedro II de Aragón permaneciera en este valle durante los días previos a la batalla de Muret...

—¿Ah, sí?... ¿y dónde lo ha averiguado?

—Bueno, es una investigación que ha hecho un amigo mío, un profesor universitario.

—Está bien... ¿y cómo se llama su amigo profesor?

---

<sup>6</sup> Que se haga la luz.

<sup>7</sup> Armario de las seis llaves.

—Luis Clemente.

—Lo siento, no lo conozco, pero me parece una buena idea. Felicítelo de mi parte.

Entonces se hizo un largo silencio y me quedé en blanco. Al cabo de unos segundos que se me hicieron eternos, recobré el hilo del esquema que me había preparado para la entrevista y proseguí:

—Mi amigo también me ha dado la copia de un manuscrito para que busque el original.

—¿Ah sí?... ¿Y de qué manuscrito se trata?

Entonces le entregué la copia que yo tenía. Mosén Orlà, se puso sus gafas y empezó a leer. Cuando acabó me lo entregó de nuevo y me preguntó:

—¿Sabe usted latín?

—Sí, le respondí.

—¿Y occitano?

—Me defiendo.

—Este manuscrito está fechado en el año 1103 y la batalla de Muret fue 1213. No coincide por fechas con su novela.

—Sí, lo sé, pero creo que tiene que haber alguna relación.

—Personalmente no le veo ninguna relación —y con una sonrisa pícaro añadió:

—¿Lo dice por el *Armari des sies Claus*?

—Precisamente quería hablar de ello con usted —respondí sin ocultar mi sorpresa por el hecho de que parecía que me hubiera leído el pensamiento.

—No tiene ningún secreto, es un armario que hasta hace pocos años estuvo aquí, en la sacristía de la iglesia de Sant Miquèu, aquí en Vielha, hasta que se trasladó al museo y su contenido al Archiu Generau d'Aran que se encuentra en Arròs.

—¿Y sabe usted qué contenía este armario?

—Básicamente los pergaminos y documentos de toda la historia del valle hasta el siglo XIX.

—¿Y sería posible que entre ellos se encontrara el original de este manuscrito?

—Lo dudo. Por lo menos yo no lo recuerdo.

—¿Hay algún inventario del contenido de los documentos?

—Sí, lo hay, puede hallarlo en el archivo de Arròs, la persona encargada se llama Maria Pau.

—¿No se hicieron copias durante este traslado?

—No, ninguna copia.

—¿Y sería posible contactar con la persona que se encargó de clasificar los documentos por si acaso se acordara de haberlo visto ?

—Cuando se hizo el traslado clasifiqué personalmente los originales por décadas y no recuerdo haber visto ninguno anterior al siglo XIII. Claro está que esto no significa que no existan documentos anteriores, pero en el caso de que los haya, es decir, de que todavía se conserven, estarán posiblemente en el Archivo de la Corona de Aragón en Barcelona.

—Ya lo he consultado y allí no he podido encontrarlos.

—¿Ha hablado con nuestra investigadora?

—¿Investigadora?

—Sí, tenemos a una especialista delegada en el Archivo de la Corona de Aragón que es la encargada de clasificar los documentos del Valle de Arán. Quizás le sería de utilidad hablar con ella.

—Sí, por supuesto, ¿sería usted tan amable de decirme cómo se llama?

—Isolda Morell —Y tras rebuscar un rato entre los papeles que estaban encima de la mesa del despacho me entregó una tarjeta diciéndome:

—Aquí tiene sus datos de contacto.

—Muchísimas gracias, mosén, puede que ella pueda darme alguna pista sobre dónde lo puedo buscar.

—De cualquier forma, tenga en cuenta que quizás se trata de un manuscrito no autenticado, o quizás, si lo es, todavía esté pendiente de clasificar en algún archivo.

—¿Y sería posible que pudiera estar en algún otro lugar que no fuera estos archivos, quiero decir, en algún archivo eclesiástico, o todavía en alguna iglesia o monasterio?

—¡Vaya usted a saber! Buscar este tipo de documentación es una tarea inmensamente complicada. Pero no la quiero desanimar. Si necesita que la ayude en algo, estoy a su disposición.

Entonces, viendo que el mosén parecía empezar a cansarse de mis preguntas, le dije:

—Todavía estaré unos días en Vielha. Si es posible, me gustaría volver para comentarle algunas cosas relacionadas con la historia del valle.

—De acuerdo, si le parece, puedo atenderla mañana o pasado mañana a la misma hora.

—Mañana, si es posible

—De acuerdo, la espero mañana.

—Por cierto, creo que el timbre está estropeado —le dije.

—¡Ah sí, es verdad! ¿No le habrá pasado la corriente?

—No, solo me he asustado un poco.

—Es la instalación eléctrica, que es muy antigua y suele dar problemas con frecuencia. Mañana por la mañana está previsto que lo arreglen. Espero que cuando usted vuelva ya esté solucionado. De cualquier forma si quiere anotarme su teléfono por si ocurriera cualquier cosa ...

—Sí claro, aquí tiene mi tarjeta.

—Gracias. Aquí tiene la mía.

Fuera del despacho, el mosén me acompañó hasta la puerta de salida.

—Gracias por su atención —le dije antes de salir.

Entonces el mosén esbozó una leve sonrisa y dijo:

—Hasta mañana.

Cuando salí, eran casi las nueve de la noche y, antes de ir al hotel, decidí pasear y entrar en alguno de los acogedores restaurantes del lugar para cenar. Me decidí por uno pequeño y rústico. Cuando entré, me sorprendió que a aquella hora ya estuviera prácticamente lleno. Me dirigí al camarero que parecía el jefe de sala y le pregunté si había alguna mesa libre para mí sola. Consultó la libreta de las reservas y amablemente me acompañó a una pequeña mesa situada en un rincón del comedor. Me senté y, al poco tiempo, vino una chica de uniforme que me entregó la carta y me preguntó qué deseaba beber.

—Tomaré vino para cenar.

—¿Desea tomar el vino de la casa o prefiere que le traiga la carta de vinos?

—La carta, por favor.

Los nombres de los platos dejaban entrever una cocina autóctona y elaborada no exenta de algunos toques de modernidad. Finalmente me decidí por el *magret de canard* y media botella de vino tinto de una marca poco conocida pero que recordaba haber probado con anterioridad.

Cuando acabé de cenar, el restaurante ya estaba casi vacío, supuse que la mayoría de comensales debían ser franceses que, acostumbrados a otro horario, suelen acudir a primera hora a cenar. Llamé al *maître* para pedir la cuenta y este me preguntó amablemente:

—¿Desea algo más?

—Nada más, gracias.

—¿Ha resultado todo de su agrado?

—Sí, gracias, estaba todo exquisito.

—¿Desea probar nuestro licor de casis? Es una gentileza de la casa. Cuando estaba a punto de rechazar la amable invitación, recordé que tenía el coche aparcado en el hotel y no tenía que conducir, por lo tanto, podía permitírmelo.

—Pues sí, gracias, pero solo un poco.

Mientras estaba degustando el licor de bayas de la zona, un chico que estaba sentado unas mesas mas allá se levantó, se acercó educadamente a mi mesa y me preguntó:

—Disculpa, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sí, por supuesto —le respondí.

—Me he fijado en el vino que has pedido durante la cena, y... verás, como es un vino poco frecuente y parece que tiene poca aceptación...

—¿De veras? —dije interrumpiéndole— Pues a mí sí que me gusta.

El chico debió notar que no estaba muy receptiva y decidió justificarse:

—Disculpa, no quisiera molestarte, es que soy sumiller, bueno, intento serlo, mejor dicho.

—¿Eres sumiller? —pregunté por pura cortesía.

—Bueno, soy enólogo pero todavía estoy buscando trabajo. Estoy aquí porque he venido a unas catas como representante de una bodega.

—¿Y qué bodegas son?

—Justamente las bodegas a las que pertenece el vino que has bebido. Por esto te lo preguntaba.

Entonces, el chico empezó un discurso que yo intuía soporífero:

—Es un vino que no tiene mucha aceptación y...

Sin dejar que terminara la frase le interrumpí de nuevo:

—¿Y por qué no tiene aceptación?

—No lo sabemos. De hecho estamos en ello. Por eso quería preguntarte si realmente te gusta o...

—O lo he pedido al tuntún.

Entonces se dibujó en su rostro una mueca de sorpresa y no pude evitar reírme por dentro



—Bueno, quizás te lo haya aconsejado el *maître* —dijo el chico

—Si quieres, puedo darte mi opinión —le dije.

—¿De veras? No sabes cuánto te lo agradezco.

—¿Por dónde quieres que empiece? —le pregunté.

—Por donde quieras. Cualquier cosa que me digas estará bien, más tarde podré interpretarla, no te preocupes.

—Bueno, pues... empezaré por el color.

Tras una estudiada pausa levanté la copa ya casi apurada y mientras el vino oscilaba lentamente en las paredes cristalinas de la copa dije:

—Es un vino color cereza roja con reflejos violáceos —Luego acerqué la copa a mi nariz, inspiré su aroma y seguidamente lo caté tomando un sorbo que saboreé durante algún tiempo en el interior de mi boca y, después de tragarlo, dije:

—De aroma penetrante, potente y limpio con notas de la madera noble en la que ha sido envejecido. En nariz, persiste la carnosidad de la uva fresca y madura. En boca, resulta redondo, afrutado, de cuerpo seco y amplio a la vez que cálido y fresco, muy largo, dejando tras de sí una agradable y persistente sensación aterciopelada. Es perfecto para maridar con carnes rojas y especialmente con carne de ave.

—¡Joder...! —exclamó el chico desconcertado— ¿Eres catadora profesional?

—No, no lo soy.

—¿Bromeas?

—No, en absoluto, de verdad, no tengo nada que ver con el mundo de los vinos.

—Oye, ¿puedes repetirme lo de antes? ¿Puedo sentarme un momento para anotarlo?

—¿Anotar qué...?

—La descripción del vino.

—Pero si no tengo ni idea de vinos —dije sonriendo.

—¿Te estás quedando conmigo, ¿no?

—No, de verdad, no tengo ni idea.

Entonces el camarero pasó cerca de mi mesa y miró fijamente al chico y este, tras pedirme disculpas precipitadamente por si me había importunado, regresó de nuevo a su sitio algo compungido.

Aproveché la proximidad del camarero para indicarle que quería pagar la cuenta y, después de pasar la tarjeta y dejar la propina, me levanté para salir del local. Cuando pasé por delante de la mesa donde todavía estaba sentado el joven enólogo, le dejé una nota con la descripción que tanto le interesaba.

—Gracias — dijo él un poco cortado— Y añadió:

—Espera un momento.

Tras meter la mano en el bolsillo de su chaqueta me entregó un sobre y dijo:

—Aquí tienes dos invitaciones por si te apetece ir mañana a la cata de vinos de la que te he hablado. Está cerca de aquí. En un lugar emblemático, solo por ver el espacio ya merece la pena ir, estoy seguro de que te gustará.

—Gracias. No creo que pueda ir, pero las acepto. Nunca se sabe —Y con un simple adiós como despedida, me dirigí hacia la puerta.

—Adiós —respondió el chico.

De vuelta al hotel pensé que tal vez me había pasado un poco con el chico y que quizás no era una treta para ligar como yo había pensado, sino que en realidad le interesaba de verdad mi opinión sobre el vino. Bueno, ahora ya era tarde. Ya había quedado como una maleducada.

Al día siguiente me levanté pronto y me dirigí a Arròs, un pueblecito cercano a Vielha donde se encontraba el edificio histórico que albergaba el Archiu Generau d'Aran.

Cuando entré, la encargada del mismo, Maria Pau, parecía que estuviera esperándome puesto que no se sorprendió en absoluto cuando me presenté y le formulé mi petición. Entonces pensé que, probablemente, mosén Orlà la había puesto al corriente de mi intención de visitar el lugar.

Me atendió con rigor y cortesía permitiéndome acceder a la transcripción del manuscrito del *Índice de Privilegios*, que le había solicitado con la intención de buscar entre sus páginas alguna pista que pudiera conducirme a encontrar el original del manuscrito que me interesaba. Sin embargo, como acabo de decir, no se trataba del original, sino de una transcripción realizada en 1944 por un agente del Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional llamado Manuel Abizanda, a partir del original que le había entregado un abogado llamado Jaime Sala unos años antes, en plena guerra civil española.

Por un momento, pensé que debería tratar de localizar a dicho transcriptor y al abogado que le entregó el manuscrito, aunque en seguida me di cuenta de que, después de setenta años, las probabilidades de encontrarlos con vida eran bastante escasas.

En su trabajo, el agente mencionaba que, una vez estudiado y transcrito, el manuscrito sería restituído al Archivo Notarial. Pero no especificaba si se trataba del archivo notarial del distrito de Vielha o de cuál en concreto. Lo que estaba claro era que el manuscrito nunca fue devuelto, lo cual significaba que en estos momentos el original se encontraba en paradero desconocido. Sin embargo, gracias a la descripción realizada por el agente, pude averiguar que se trataba de un manuscrito con cuarenta páginas escritas y cuarenta hojas en blanco, encuadradas en pergamino de catorce por diez centímetros.

Entonces pensé que si tampoco estaba allí, tal vez hubiera algún lugar donde todavía se guardaran manuscritos de la zona, y me alegré porque esto albergaba posibilidades, aunque remotas, de encontrar el manuscrito que estaba buscando.

Antes de marcharme le pregunté a Maria Pau si conocía dónde se encontraba el *Armari des sies Claus* y ella, muy atentamente, me explicó que estaba en el museo del valle. Antes de salir le pregunté:

—¿Cuál es la fecha de datación aproximada del *Armari des sies Claus*?

—La fecha que consta es la de 1753.

—¿Y desde cuándo está en el museo?

—Desde que se hizo el traslado desde la sacristía de la iglesia de Sant Miquèu de Vielha.

—¿Se conoce el nombre de quien hizo el primer trabajo de archivo?

—No, es anónimo.

—¿Y se sabe en qué año hizo esta encomiable tarea?

—En 1708.

—¿En 1708? ¿Antes de que el armario existiera?

—Eso parece.

—¿Y dónde se guardaban los documentos anteriormente?

—Posiblemente en un arca.

—¿De madera?

—Parece ser que había un arca previa donde se guardaba toda la documentación del valle. Pero no estoy segura de si era de madera, aunque probablemente lo fuera.

—¿Y se sabe qué método utilizó esta persona anónima para establecer el índice de relación de los documentos?

—Lo hizo con un breve resumen del contenido en catalán, con la fecha y un número asignado.

—¿En catalán?

—Sí, en catalán, lo que indica que quien lo hizo no era de Occitania.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque si lo hubiese sido lo habría escrito en lengua de *òc*—respondió la encargada esbozando una leve sonrisa.

Entonces caí en la cuenta de que acababa de hacer una pregunta estúpida y rápidamente hice otra para disimular la metedura de pata.

—Y... ¿le dio algún nombre a este trabajo?

—Sí, lo tituló *Index dels privilegis que sas Magestats Catholicas han concedit a la Val d' Aran*<sup>8</sup>

—¿Sabes si sería posible que yo pudiera tener acceso al mismo?

Hoy es imposible, porque cerramos dentro de quince minutos, pero si quiere, mañana podría mostrárselos —dijo la encargada amablemente.

—Estupendo, ¿a qué hora abre el archivo? —pregunté.

—A las 9:00

—Entonces ¿podríamos quedar a esta hora? —propuse.

—Por supuesto.

—Gracias por todo. Hasta mañana.

—Hasta mañana, que tenga una feliz estancia en el valle.

Antes de regresar al hotel decidí pasar por el museo para ver el famoso armario de cerca. Se trataba de un armario de madera, con seis compartimentos dos de los cuales estaban subdivididos a su vez en dos subcompartimentos.

—Este es el *Armari* —dijo la encargada del museo cuando me vio frente a él.

—Vaya, ¡es impresionante cómo se conserva todavía! —exclamé asombrada.

—Sí, afortunadamente está bien conservado —respondió la encargada con satisfacción.

—¿Se ha restaurado alguna vez?

—No, no ha hecho falta, solo le damos una capa de cera cada seis meses, básicamente para hidratar la madera.

—Es una pieza de interés muy bien conservada —exclamé.

—Sí, ya lo creo, hace ya algunos años que la tenemos, pero es ahora cuando parece que tenga más interés.

---

<sup>8</sup> Índice de privilegios del Valle de Arán.

—¿A qué se refiere exactamente? —pregunté sin acabar de entender el comentario.

—Bueno, la verdad es que nunca ha recibido demasiadas visitas, pero este año la afluencia de gente que quiere verlo está resultando excepcional...

—Ah... ¿sí?, ¿y por algún motivo en especial?

—No lo sé, pero muchas personas se han interesado por él.

Miré la hora y pensé que posiblemente la encargada tenía ya ganas de cerrar y yo la estaba entreteniendo innecesariamente con mis preguntas, por lo que decidí dar por finalizada la visita y volver a la mañana siguiente.

De regreso al hotel, al entrar en la habitación encontré una nota en el suelo. Era un aviso que me indicaba que debía ponerme en contacto con recepción. Después de sacarme los zapatos y dejar mi pesado bolso sobre la silla que había frente al escritorio, me tumbé en la cama extendiendo los brazos y las piernas durante unos instantes para desentumecer los músculos, luego me puse en pie con un impulso, crucé las manos detrás de la nuca, giré el torso hacia un lado hasta que crujieron algunas vértebras y luego hice lo mismo hacia el otro lado. Luego me dirigí hacia el teléfono para marcar el número de recepción. Al otro lado de la línea de teléfono la voz de una chica respondió:

—Recepción, buenos días.

—Buenos días, soy de la habitación 115. Tengo una nota donde me dicen que contacte con ustedes.

—Sí, un momento, por favor.

Al cabo de unos segundos se puso otra chica que me dijo:

—Buenos días. Esta mañana han preguntado por usted pero no han dejado ninguna nota.

—¿Ha dicho quién era?

—No, lo siento, no han dejado ningún nombre.

—¿Pero, exactamente, qué han dicho?

—No, solo han preguntado por usted y han dicho que regresarían más tarde.

—¿Pero eran más de una persona?

—Un momento, por favor, no se retire...

Al cabo de unos instantes la chica me dijo:

—No, me dice mi compañero que era un chico y que ha dicho que volvería más tarde.

—De acuerdo. Gracias.

—¿Podemos ayudarla en algo más? —preguntó amablemente la recepcionista.

—No, gracias.

—¿Desea dejar algún mensaje por si vuelven a venir? —insistió la chica.

—No, no es necesario, gracias, muy amable.

—De acuerdo. Que tenga usted un buen día.

—Gracias. Buenos días.

No tenía ni idea de quién podría ser, entre otras cosas porque nadie sabía dónde me alojaba. Entonces pensé que la noche anterior, tal vez me hubiera seguido el chico que conocí en el restaurante.

Me puse de mal humor y, antes de repasar las notas de mi cuaderno, decidí tomar una ducha para despejarme. Mientras me duchaba, pensé que lo mejor que podía hacer era dejar las cosas claras y no dar pie a que esto se volviera a repetir. Esa misma noche, después de la entrevista con el mosén, acudiría a la cata de vinos y hablaría con él. Me arreglé sin prisas y bajé al comedor, una sala más bien pequeña pero con grandes ventanales que daban a la calle y proporcionaban sensación de amplitud. Mientras comía me entretuve mirando al resto de los comensales y me dediqué a una de mis aficiones favoritas: imaginar sus vidas y descubrir o inventar las relaciones existentes entre los que comparten una misma mesa. Desde muy pequeña me ha gustado inventar historias e imaginar vidas ajenas y tal vez de aquí proceda mi afición por la escritura.

Después del almuerzo subí a la habitación para descansar un rato y luego me puse a revisar las notas que había tomado en el valle y también las que me había dejado Luis. Miré la hora y calculé la que sería en San Francisco. Imposible llamarlo, allí eran las nueve de la mañana y Luis debía estar impartiendo alguna clase. Tan enfrascada estaba en la lectura que, cuando miré de nuevo el reloj eran ya casi las 6 de la tarde y todavía no había preparado los puntos de la reunión con mosén Orlà, así que me puse a trabajar en ello y una hora después salía del hotel en dirección a la rectoría de Vielha.

Cuando llegué todavía era pronto y tuve tiempo de tomar un café y leer la prensa en una de las agradables terrazas que hay en la plaza de la iglesia de San Miquèu. Las noticias eran simplemente desesperanzadoras. La mayoría estaban relacionadas con la crisis económica que estaba padeciendo Europa y especialmente España, convertida en uno de los países más vulnerables y a un paso de la quiebra. En aquellos días se acercaban elecciones y los sondeos estaban a la orden del día, aunque eran diametralmente opuestos según la ideología del periódico que publicaba el resultado de las encuestas. Eran días de preocupación para toda la sociedad, cosa que se podía observar en las principales plazas de las ciudades de Europa, que estaban llenas de jóvenes acampados protestando contra la política y el sistema financiero. Era un sentimiento social compartido que había surgido en un primer momento en las ciudades de Madrid y Barcelona pero que acabaría por llegar hasta Wall Street en Nueva York.

A las ocho en punto me dirigí a la rectoría y pude observar que el viejo timbre había sido sustituido por un moderno pulsador de sonido largo y ralentizado. Tras pulsarlo, no tardó en abrirse la puerta y mosén Orlà me recibió dándome las buenas tardes.

—Pase, por favor —dijo amablemente.

—Buenas tardes, mosén —le respondí.

Como el día anterior, nos dirigimos a su despacho situado al fondo de un largo y estrecho pasillo. El mosén, a pesar de ser un hombre de edad madura, seguía siendo alto y conservaba su esbelta figura.

—Tome asiento —dijo indicándome la silla donde debía sentarme, luego se sentó él detrás de su antigua mesa y prosiguió:

—Ayer estuve pensando en el manuscrito que me enseñó. ¿Lo trae hoy con usted?

—Sí, aquí lo tengo.

—¿Puedo verlo de nuevo?

—Por supuesto —respondí mientras lo sacaba de mi bolso y se lo entregaba.

—Bien, pues como le decía, estuve pensando el motivo por el cual su amigo ha relacionado este manuscrito con el arceprestazgo del valle .

—¡Vaya! ¡Estupendo! —dije entusiasmada.

Entonces mosén Orlà dejó su agenda de piel de color marrón claro sobre la mesa y cruzando las manos sobre ella empezó a hablar:

—Verá, es posible que su amigo haya establecido esta relación con el Valle de Arán porque el manuscrito hace mención del valle de los aranensis, pero también por otro detalle.

— ¿Cuál? —pregunté con un punto de emoción en mi voz.

—El lugar donde se escribe el manuscrito.

—Según consta en el texto el manuscrito se escribió en la ciudad de Lyon.

Entonces mosén Orlà fijó en mí sus pequeños y escrutadores ojos de color miel que brillaban tras unas gafas de montura anticuada y tras un prolongado silencio dijo:

—¿Está usted completamente segura?

—¿Segura? No le entiendo, mosén, ¿de qué tengo que estar segura?

—¿Me refiero a que si está usted segura de que se trata de la ciudad de Lyon?

—Bueno, —dije titubeando— creo que sí que se trata de Lyon.

—¿Y cómo ha llegado a esta conclusión?

—Pues... porque la ciudad de Lyon es la antigua *civitas* romana conocida como Lugdunum.

—Esta es la cuestión. Tengo dudas sobre ello.

—¿Dudas?, ¿qué tipo de dudas?

—Es posible que no se trate de la ciudad de Lyon.

—Pero el manuscrito es claro en este sentido.

—¿A qué sentido se refiere?

—Quiero decir que figura de forma clara y sin lugar a dudas el nombre de Lugdunum.

—En efecto, el manuscrito está fechado en *Lugdunum*, pero es posible que no se esté refiriendo a la ciudad de Lyon.

— ¿Por qué? ¿A qué otro lugar puede referirse?

—Quizás se trata de otro *Lugdunum*.

—¿Otro *Lugdunum*? ¿Existió otro *Lugdunum*?

—Sí, el de los *Convenae*.

— ¿De los *Convenae*? ¿Qué significa exactamente *Convenae*?

—En latín podría significar gente dispersa y reunida en un lugar.

—¿Y de dónde se supone que procederían estas gentes?

—La mayoría pertenecían a la resistencia de los sertorianos en Hispania y es posible que Pompeyo, tras reducirlos, los congregara en este lugar. De hecho la palabra *convenae* procede de *con—venit*, que en latín significa "pueblos reunidos" que era como se llamaba a las gentes establecidas en la meseta de *Lanamesa*, conocida también como Prado del Medio y que estaba situado al pie de las montañas.

—¿Entonces, hubo una ciudad llamada Lugdunum que reunía diversas gentes procedentes de varios lugares?

—Efectivamente, esta ciudad existió. Y además era la *civitas romana* de los *Convenae*.

— ¿Y su nombre era *Lugdunum*?

—Sí, concretamente *Lugdunum Convenae*.

—¿*Lugdunum Convenae*?

—Sí, la colina del dios Lug de los Convènes.

— ¿Y existe todavía?

—Existe.

—¿Con este nombre?

—No, ahora se la conoce por otro nombre.

—¿Y cuál es?

—*San Bertran de Comenge*.

—¿Y dónde se encuentra?

—Ahora pertenece a Francia.

El nombre me resultaba familiar y al cabo de unos instantes me acordé de que Luis, en cierta ocasión, había hecho *el Chemin du Piémont* de la ruta Jacobea que bordeaba el extremo norte de los Pirineos, por el sur de Francia, hasta Roncesvalles y a sus colaboradores nos había enviado una postal desde un pueblo llamado *Saint Bertrand de Comminges* y pensé que quizás se tratara del mismo lugar.

—¿Se refiere a *Saint Bertrand de Comminges*? —pregunté.

—*Comminges* es una forma afrancesada, la auténtica forma es *Comenge* —respondió escuetamente mosén Orlà, por lo que deduje que se trataba del mismo lugar.

—¿Y de dónde deriva *Comenge*? —pregunté tratando de retomar el diálogo.

—De *Commeneae*, que es la forma utilizada en los textos eclesiásticos para referirse a *Convenae*.

—¿Y qué relación puede tener este lugar con el Valle de Arán?

—En aquellos tiempos, era la sede de su diócesis espiritual.

—¿Entonces, en aquella época, el valle dependía eclesiásticamente de Francia?

—No exactamente. Entre otras cosas porque en aquella época el reino de Francia era un pequeño reino vecino de Occitania, cuyo territorio iba poco más allá de París y que era inferior en extensión al condado de Tolosa o al de *Comenge* — dijo hieráticamente.

—Entonces el Valle de Arán, en el ámbito espiritual dependía de ...

—Dependía de la diócesis del condado de *Comenge* —interrumpió el mosén.

Y tras quedarme algo cortada por la rapidez de la respuesta, decidí retomar de nuevo la conversación.

—¿Y el condado de *Comenge* dependía de algún reino en aquellos días?

—No, en aquellos días no compartía soberanía con nadie.

—¿No? ¿Y cómo consiguió esta autonomía en pleno feudalismo?

—Porque hubo un conde que unificó todos los condados descendientes de la misma familia en un solo país, el país de *Comenge*.

Entonces mosén Orlà hizo una breve pausa y prosiguió:

—Pero hay un detalle que quizás le pueda interesar.

—¿Cuál?

—Cuando este conde se casó, recibió una dote.

—¿Una dote económica?

—No, la dote, en este caso, consistió en un conjunto de territorios que anexionó a los que ya le pertenecían.

—¿Y cuáles eran estos territorios?

—El de Samatán y... también el de Muret.

—¿Muret?

—Sí, Muret, que se convierte en la capital de los estados de *Comenge*.

—¿Y esto cuándo ocurre?

—Tres años antes de que se escriba el manuscrito.

—Tres años antes de su regreso a la abadía —dije mientras trataba de repasar mentalmente las fechas— es decir, tres años antes de que se rencuente con su abad...

—Según el texto —prosiguió mosén Orlà— es entonces cuando se rencuentra con su... estimado abad y obispo de *Comenge*...

—Es decir, —dije entusiasmada— con el obispo de la diócesis de *Comenge* a la cual pertenecía el actual Valle de Arán.

Embargada por la emoción que me produjo este descubrimiento, sentí un cosquilleo en el estómago y exclamé:

—¡Parece que se ha despejado una de las incógnitas de esta ecuación!

—Bueno, podría ser una posibilidad —respondió mosén Orlà esbozando una leve y complacida sonrisa.

Entonces, tras pensar unos instantes en silencio, proseguí:

—Si el abad era el obispo de la diócesis de *Comenge*, esto quiere decir que posiblemente pertenecía a la nobleza. Porque, a ver, mosén, ¿en aquella época, quiénes tenían acceso a ser obispos?

—Solían ser los hijos de los nobles, hermanos, sobrinos e incluso los hijos habidos fuera del matrimonio.

—Entonces, tal vez debería centrarme en las referencias históricas de las casas nobles occitanas de la época y también en las de los archivos eclesiásticos para establecer correspondencias —dije pensando en voz alta.

—Creo que es una estrategia fundamental —respondió el mosén hieráticamente.

Entonces anoté en mi *molesquine* todos los nuevos y relevantes datos surgidos de nuestra conversación y, antes de cerrarla, le pregunté a mosén Orlà:

—¿Y políticamente?...¿Cree usted que es posible que el valle, en aquella época, dependiera también del condado de *Comenge*?

—Bueno, existe poca documentación al respecto. Pero en aquellos años, aunque el valle de Arán dependiera espiritualmente de *Comenge*, políticamente es muy posible que estuviera ligado al reino de Aragón.

—¿Pero no existe ningún tipo de documentación que pueda despejar esta incógnita? —pregunté un poco desconcertada.

—Eran tiempos confusos. Se sabe que los araneses se desligaron violentamente del dominio de Ribagorza y que el valle gravitaba, como una especie de comunidad político—religiosa afín, en la órbita del condado y la diócesis de Comenges, es decir de Lugdunum *Convenae*.

—¿Por qué motivo?



—Quizás con la intención de restablecer el equilibrio que se había roto después de la época romana.

—Sin embargo, yo creía que en aquella época, el valle de Arán estaba vinculado al reino de Aragón.

—Y lo estuvo, de hecho hay pruebas documentales de que existía una supremacía de los reyes aragoneses sobre el valle. Concretamente, existe un documento del año 1119 según el cual, el rey aragonés Alfonso el Batallador hizo donación del valle de Arán al conde de Ribagorza, que era vasallo suyo.

—¿Entonces en esa época formaba parte de Aragón?

—Bueno, eso parece, sin embargo en el año 1144, el conde Bernat de Comenge se autotitula "*nobilissimo comite dominante in terra Convenarum, in Saves, in Couserans et in Arano*".

—Así es que, veinticinco años después, cambia de manos, y pasa al condado de *Comenge*.

—Sí, según este documento, pero casi cincuenta años después, en el 1192, el rey aragonés, Alfonso el Casto, cedía como dote a su sobrina, hija del conde de Comenge, el condado de Ribagorza, pero en el mismo documento especifica que se exceptúa el valle de Arán.

—¡Vaya! ¿Esto quiere decir que estaba de nuevo en manos de Aragón?

—O que, en realidad, nunca había estado en manos de nadie.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que podría mantenerlo fuera de ser anexionado?

—La ambición.

—¿La ambición? —pregunté sorprendida tanto por la respuesta como por la contundencia y la convicción que mostraba mosén Orlà.

—Sí, en esta ocasión jugó a favor de nuestras tierras y nos protegió de ser asimilados por alguno de nuestros condados vecinos a causa de las pugnas de intereses que tenían sobre el valle los condados limítrofes. Primero entre Comenge y Ribagorza, y después entre Comenge y Pallars. En realidad fue esta ambición la que nos salvó de ser invadidos.

—¿Entonces, cabe la posibilidad de que en la primera mitad del siglo XI, el valle de Arán fuera un territorio prácticamente independiente?

—Es posible.

—¿Y cuándo empieza el valle a formar parte de la órbita aragonesa?

—Cuando la monarquía francesa intenta anexionarse Occitania y apoderarse del valle de Arán.

—¿Y lo consigue?

—No, no lo consigue porque tendrá que ceder y reconocer que llegó a la cordillera pirenaica con más de dos siglos de retraso respecto a los reyes de Aragón

—Y condes de Barcelona —afirmé— porque creo que los reyes de aquella época ya eran descendientes del conde de Barcelona.

Entonces mosén Orlà me miró por encima de sus gafas y dijo:

—En efecto, eran monarcas descendientes del conde de Barcelona Ramón Berenguer IV y de la princesa Petronila de Aragón.

—Creo que fue un matrimonio de conveniencia —dije.

—Sin duda alguna, ella fue concebida para dar continuidad a la dinastía de Aragón .

—¿Seguro que hasta ese punto ? —pregunté con sorna.

—De hecho, tan solo un año después del nacimiento de Petronila se firmaron las capitulaciones matrimoniales en Barbastro.

—¿Y quién puso las condiciones de la *potestas regia*?

—Por supuesto que las condiciones las puso el padre de Petronila, es decir, el rey de Aragón.

—¿Y el conde de Barcelona las aceptó?

—Fueron aceptadas por el futuro marido sin discusión alguna.

—¿Y cuáles eran concretamente estas condiciones?

—Que el padre de Petronila, es decir, el rey de Aragón, se retiraría a un monasterio pero seguiría conservando el título regio.

—¿Y qué se sabe de la madre de Petronila?

—Era Inés de Aquitania y también se retiró a una abadía.

—¿Y qué ocurrió con Petronila?

—Fue educada en la corte condal de Barcelona y, cuando alcanzó la edad requerida por el derecho canónico para poder consumir el matrimonio, se casó en Lérida cuando tenía catorce años.

—¡Dios mío! ¡Pero si todavía era una niña! —exclamé— Así pues, podemos decir que es en ese momento cuando empieza la dinastía de los reyes de Catalunya, ¿no es así?

Entonces mosén Orlà, en tono tranquilo, dijo:

—Me parece recordar que la unión se realizó bajo la modalidad de matrimonio en casa.

—¿Y qué significa eso exactamente?

—Que primaban los intereses de la casa de Aragón. Es decir, que ella era la reina y su esposo seguiría manteniendo el estatus de conde de Barcelona.

—Sin embargo —dije— el valle, ahora, es parte de *Catalunya*.

Inmediatamente me di cuenta de que aquella obviedad fue considerada una perogrullada por parte de mi interlocutor que, ignorando mi comentario, cambió el rumbo de la conversación:

—De cualquier forma, la batalla de Muret tiene como protagonista al nieto de Petronila, es decir, dista bastante de la fecha del manuscrito, que es anterior al nacimiento de Petronila.

—Sí, y la verdad es que sin el manuscrito completo me es imposible establecer una relación —dije un poco preocupada.

—Aunque tuviera el original completo, debería tener en cuenta que el manuscrito nos indica que quien lo escribió era todavía un niño cuando llegó al valle, y aun suponiendo que hubiera vivido cien años más, que es mucho suponer, estaríamos alrededor del año 1202, por lo que faltarían todavía once años para coincidir con la batalla de Muret.

Tras unos momentos de reflexión dije como pensando en voz alta:

—Quizás para escribir mi novela debería plantearme otra línea de investigación dentro del contexto histórico de los días previos a la batalla.

—Bueno, esto es usted quien tiene que decidirlo. Por mi parte....

Entonces, intuí que el mosén iba a dar por terminada la conversación y antes de que acabara la frase interrumpí con una pregunta:

—¿Y por qué pasaría por aquí para ir a Muret?

—¿Se refiere al rey? —preguntó mosén Orlà.

—Sí, al rey Pedro II de Aragón.

—Bueno, esto es una afirmación que usted me ha comunicado y que me ha sorprendido gratamente, pero sería conveniente esperar a que se formalizara y fuera aceptada por los expertos, ¿no cree?

—Sí, lo sé y estoy de acuerdo con usted, pero me pregunto si habría alguna razón por la cual el rey tuviera que pasar por aquí.

—A mí no me resulta extraño que pasara por aquí.

—¿Por qué no?

—Porque, dependiendo de dónde partiera, este podría ser el camino más corto para llegar a Muret.

—En el itinerario del rey que se guarda en el Archivo de la Corona de Aragón en Barcelona no consta el lugar de partida.

—De cualquier forma —insistió mosén Orlà— podrían barajarse algunas hipótesis.

—¿Por ejemplo?

—Si partía de algún lugar de Ribagorza, este es el paso natural para llegar a Muret. Si partía de Huesca, hay dos opciones en función de si lo hacía desde la capital o desde algún otro lugar.

—¿Por qué?

—Porque si el lugar era cercano a Ribagorza, posiblemente pasaría por lo que hoy es el Pont de Suert y luego por el Valle de Arán; pero si partía de la ciudad de Huesca, posiblemente accediera a Muret por el valle de Benasque. Yo de usted, hablaría con su amigo para que le concrete más detalles.

—¿Se refiere a mi antiguo profesor?

—Creo que es él quien tiene la información.

—Hablaré con él entonces.

—De cualquier forma, tenga en cuenta que, aun encontrando pruebas fehacientes, debería relacionar el *Armari des sies claus* con Muret.

—Lo sé, lo sé, y solo puedo hacerlo encontrando algún hecho o circunstancia que los relacione.

—¿Y ha pensado cómo puede relacionarlos?

—Quizás conociendo un poco más o, mejor dicho, bastante más sobre el valle podría encontrar alguna pista por donde seguir investigando.

—¿Pero usted cree realmente que existe alguna relación? —dijo mosén Orlà sonriendo.

—De hecho, estoy convencida de ello.

—¿Y su novela...? ¿Cuándo tiene previsto acabarla?

—Depende del tiempo que tarde en encontrar la clave que los relaciona.

—¿Entonces, de momento va a esperar?

—Sí, esperaré.

—¿Y si no encuentra qué relación existe entre el *Armari* y Muret?

—De hecho estoy convencida de que la encontraré.

—Bueno, veo que es usted una joven muy optimista y esto es bueno, pero, ¿y si finalmente encuentra pruebas que indican justo lo contrario?

—¿Quiere decir que precisamente indiquen que no existe ninguna relación? —pregunté desconcertada.

—Por ejemplo.

—Entonces tendré que cambiar de estrategia.

—¿Y ha pensado qué estrategia va a seguir... si esto llegara a suceder?

Mi desconcierto aumentaba con cada pregunta de mi interlocutor. Sin pensarlo demasiado, contesté:

—Cualquiera que me aporte datos históricos fehacientes para construir una novela histórica sobre Occitania.

—¿Entonces será una novela estrictamente histórica?

—Es posible —respondí sin demasiado convencimiento.

—¿Y no resultará aburrida para el lector?

—He pensado en ello en más de una ocasión y por esto me gustaría preguntarle si hay algún signo relevante en la historia de este valle que pudiera incluir en la trama para dar un poco de emoción o intriga, pienso que sería una buena manera de que la lectura resultase más amena para el lector.

—¿Un signo relevante? Este valle está lleno de signos relevantes.

—¿Dónde puedo encontrarlos?

—Por todas partes, solo debe fijarse en ellos.

Las respuestas de mosén Orlà me resultaban cada vez más crípticas e incomprensibles, pero seguí insistiendo para saciar mi curiosidad:

—¿A qué se refiere exactamente?

—Me refiero a los verdaderos y silenciosos testimonios de la historia.

—¿Y dónde se encuentran exactamente?

—¿Dónde cree usted que podrían estar?

—¿En las piedras?

—En efecto, cualquiera de ellas ha sido testigo de la historia, y especialmente las que han formado parte de un símbolo.

—¿Se refiere a las iglesias?

—Por ejemplo.

—Entonces creo que debería empezar por ahí.

—Me parece una buena elección.

—Mosén, ¿puedo seguir contando con su ayuda?

—Si usted lo considera oportuno...

—¿Le parece bien que hablemos algunos días más?

Entonces el mosén abrió su agenda y dijo:

—Bueno, como veo que usted va a tener que consultarme muchas cosas, y yo tengo también la agenda apretada, deberíamos asignar y concretar el tiempo de dedicación. La verdad es que ...podría... vamos a ver.... dedicarle una hora al día durante.....

Me miró por encima de las gafas y me preguntó:

—¿Cuántos días va a necesitar?

—Una semana, respondí sin saber si era poco o mucho.

El mosén volvió a mirar su agenda y dijo:

—Bueno, de lunes a viernes puedo atenderla cada día a la misma hora. Y si necesita más tiempo podría dedicarle dos días más de la semana siguiente.

Nos despedimos y antes de salir le agradecí de nuevo su ayuda.

Cuando estaba a punto de marcharme me hizo una observación:

—Recuerde que la visión que usted tenga de todo cuanto observe dependerá de un sistema cultural muy distinto al de los artistas que los han realizado.

—Claro, claro, lo tendré en cuenta —respondí sonriendo.

Cuando salí de la rectoría era casi de noche, había refrescado y tuve que ponerme el jersey que llevaba dentro del bolso. Miré el reloj y eran las 9 en punto. Con paso ligero me dirigí a la cata de vinos en busca del joven que había conocido el día anterior en el restaurante. Según la dirección que figuraba en un pequeño plano reproducido en el reverso de la invitación, el lugar estaba cerca de donde me encontraba. Solo tenía que atravesar el puente del río Nere, girar a la derecha por la primera calle que encontrara y, al final de esta, girar a la derecha de nuevo hasta encontrarme con una callejuela que me conduciría directamente a mi destino.

Cuando llegué, vi que el lugar estaba muy concurrido. La mayoría de los asistentes parecían gente importante a juzgar por su apariencia y sus formas protocolarias. Antes de acceder al interior, una amable señorita me pidió que le mostrara la invitación, me preguntó mi nombre, lo apuntó en una libreta y, tras explicarme brevemente en qué consistía el evento, me pidió que la acompañara.

—¿Es la primera vez que vienes a una cata de nuestra bodega? —me preguntó amablemente mientras caminaba a su lado.

—Sí, es la primera. —respondí cordialmente.

—¿Conoces nuestros vinos?

—Sí, bastante bien.

Luego, tras atravesar un pequeño vestíbulo, nos encaminamos hacia un ancho pasillo donde se detuvo y, levantando ligeramente la mano con la que sostenía el tarjetón que luego me entregó, me indicó:

—Por aquí, cuando llegues al fondo encontrarás a mi compañero que te indicará cómo acceder a la sala. Antes de despedirse pronunció un mimético y estudiado: "Espero que disfrutes de esta exposición y de nuestros vinos".

—Seguro que sí, gracias —respondí sonriendo mientras iniciaba el camino indicado.

Avancé por un pasillo tapizado con moqueta de color negro que parecía estar casi en penumbra, pero cuando me adentré en él, pude ver con sorpresa que diversos rayos de luz blanca de distinta intensidad se proyectaban sobre las paredes laterales y formaban originales esculturas que oscilaban entre lo efímero y lo permanente, a veces contundentes y otras sutiles, pero cargadas todas ellas de una fuerza y una energía especial que me hicieron pensar que, posiblemente, eran obra del mismo autor que había realizado un corto sobre una de las poesías más bellas de Miguel Hernández con música de un reconocido cantautor y que yo había tenido la ocasión de contemplar, tan solo unos meses atrás, en el Paraninfo de la Universidad de Zaragoza.

Cuando acabé el recorrido, un chico de pelo engominado y vestido de esmoquin me dijo:

—Bienvenida. Si es tan amable de seguirme.

Tras bajar por una pronunciada rampa, llegamos a una nave espectacular donde se hallaban reunidas un buen número de personas que formaban pequeños grupos y hablaban animadamente entre ellas. Se trataba de un espacio impresionante y puedo asegurar que jamás hubiera imaginado que el edificio por el que había entrado albergara una sala tan amplia y diáfana. El techo era soportado por una gruesa columna central y otras cuatro laterales permitían que se abrieran sendas salas adyacentes. Las paredes eran de piedra y se conservaban en buen estado. A juzgar por el tipo de construcción y por el material utilizado, se trataba de un espacio construido en la Edad Media que alguien experto había sabido conservar e integrar en un edificio moderno. Era realmente sorprendente.

Me dirigí hacia la mesa central con la intención de sumergirme en aquel ambiente y, cuando me faltaban unos metros para llegar, me di cuenta de que el chico del día anterior estaba detrás de la barra plenamente dedicado a su papel de sumiller. Procuré que no me viera puesto que quería esperar el momento más adecuado para dirigirme a él y tratar el asunto por el cual había venido.

Mientras tanto, me dediqué a ojear el tríptico que me habían dado al entrar y a contemplar la exposición de fotografías de los viñedos de la bodega, pero antes de que acabara el recorrido, escuché a mis espaldas una voz que me decía:

—Al final te has decidido...

Me di la vuelta y vi que era el chico en cuestión. Entonces le dije:

—Sí, al final he venido.

—¿Sola o acompañada? —preguntó de inmediato.

Por si acaso, respondí mintiendo:

—He venido con mi novio.

Cambiando bruscamente de tema, él empezó a llenar una copa de vino mientras me preguntaba:

—¿Quieres probar un poco de este ?

—No, gracias —dije un poco desconcertada.

—Supongo que será una broma, no habrás venido a una cata de vinos para marcharte sin probarlos —me dijo mientras sonreía y acercaba la copa a mis manos.

—Está bien, lo probaré —dije.

Se marchó sonriendo y decidí degustar el vino mientras observaba a los invitados que tenía a mi alrededor. Al cabo de un rato, el chico regresó de nuevo. Ahora con dos copas llenas, una en cada mano.

Mientras me las entregaba dijo:

—Prueba este, ya me dirás qué opinas—y en voz baja añadió—: —Ahora no puedo quedarme mucho tiempo... pero volveré más tarde.

—¿Quieres que me beba dos copas? —le pregunté antes de que se marchara

—Una es para tu novio —dijo el chico y, sonriendo, prosiguió— pero si quieres beberte las dos...

—Está bien, gracias por el detalle —dije mientras le saludaba levantando una de las copas.

—No, gracias a vosotros por haber venido —contestó mientras se marchaba.

Tras beberme la primera copa con rapidez, la segunda la mantuve en la mano sin apenas probarla.

No pasó mucho tiempo hasta que regresó de nuevo con dos copas más.

—¿Qué te ha parecido? —me preguntó.

—Excelente —dije sinceramente.

—¡Pero, si todavía tienes la copa llena!

—Casi, casi llena, todavía lo estoy saboreando.

—¿Y a tu novio qué le ha parecido?

—A él también le ha parecido excelente.

—¿Es experto como tú?

—Bueno, en realidad soy yo la que no entiende de vinos.

Entonces el chico esbozó una leve sonrisa y dijo:

—Creo que esto ya me lo dijiste ayer —y luego añadió:

—Cuando acabéis el crianza me gustaría que probarais un excepcional reserva.

Entonces, no tuve más remedio que tomármelo y lo hice rápido, de un trago, sin degustarlo apenas.

—¡Caramba! —dijo el chico— trago largo y limpio casi sin sostener en boca ¡Increíble!

—La verdad es que sí que es increíble —dije murmurando mientras el chico se alejaba de nuevo.

Al cabo de un rato, apareció de nuevo con dos copas más de vino.

—¿A ver qué opináis? Este es el reserva que te había comentado —dijo antes de marcharse una vez más.

Aprovechando su ausencia, me escabullí abriéndome paso entre los corrillos de gente que conversaba animadamente para intentar dejar una de las dos copas en una de las mesas altas dispuestas estratégicamente para los invitados. Mientras saboreaba aquel excelente reserva en mi copa, decidí dejar la otra, y tras darme la vuelta disimuladamente empecé a alejarme. No habría dado más de tres o cuatro pasos cuando de pronto escuché :

—¡Disculpe señorita! ¿Es suya esta copa de vino?

Entonces, como ratón cazado y sin saber qué hacer, contesté rápidamente:

—Sí, es mía, gracias —dije sonriendo tímidamente al camarero que me entregó de nuevo la copa .

Como ya me había tomado cuatro copas de vino, creí conveniente no tomarme una quinta. Entonces pensé en cómo podría deshacerme de ella. Una posibilidad, aunque fuera un

auténtico desperdicio, era ir al baño y vaciarla y, aunque supiera que aquello era casi un sacrilegio para los entendidos y para mí misma, decidí encaminarme hacia los servicios, que estaban fuera de la sala. Cuando alcancé la rampa de salida, una chica de seguridad se acercó y educadamente me dijo:

—Disculpe, no se permite que los invitados salgan de la sala con la copa. Si se dirige al baño, deberá dejar la copa, si quiere puedo guardársela en esta mesa hasta que regrese.

—Gracias, no es necesario, me la tomaré ahora —dije sonriendo.

Después de dejar la copa vacía, me dirigí de nuevo al baño y la chica de seguridad hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

En el baño, frente al espejo, me fijé en que mis mejillas estaban más sonrosadas de lo habitual, sin duda delataban las cinco copas de vino que había tomado y, a juzgar por el esmero en la atención que me prodigaba el joven, tenía la sensación que aquello no había hecho más que empezar. Entonces pensé que sería mejor salir un rato al exterior para despejarme y luego entrar para despedirme. Ya hablaría con el chico otro día.

Ya en la calle agradecí el incipiente frío de finales de verano típico de la zona pirenaica. Al cabo de un rato, el frío empezó a molestarme y decidí entrar para despedirme. De camino hacia la mesa donde se encontraba el chico me pareció escuchar a alguien pronunciar mi nombre:

—Bernadeth.

En un primer momento pensé que se trataría de otra Bernadeth y sin detenerme seguí mi camino hasta que de nuevo escuché:

—¡Bernadeth!

Al cabo de un instante, casi solapándose a la anterior escuché esta vez con rotundidad:

—¡Bernadeth Centelles!

Miré a mi alrededor intentando descubrir en vano quién me había llamado hasta que al cabo de unos instantes mis ojos se fijaron en un grupo de jóvenes entre los que reconocí a un antiguo compañero de universidad que me miraba con una expresión bastante alegre.

—Bernadeth, ¿qué haces por aquí? ¡Qué ilusión volver a verte! ¿Cuántos años hace que no nos vemos? ¿Dos? ¿Tres? ¿Qué es de tu vida? Oye, mira, te presento a Sebastián.

—Hola Bernadeth, encantado de conocerte. Soy Sebastián amigo y confidente de Gonzalo, ja...ja...y a partir de ahora amigo tuyo también —dijo un chico bajito y regordete mientras me daba dos besos, uno en cada mejilla.

—Hola, ¿qué tal? —dijo un poco desconcertada.

Entonces un chico alto con la nariz afilada que estaba en el mismo corrillo se presentó:

—Y yo soy Nando, amigo de Gonzalo y de Sebastián.

Se acercó y, tras darme dos besos, dijo mientras señalaba al chico que estaba a su izquierda:

—Y este es Damián, el benjamín del grupo, pero ahí donde lo ves es el peor de todos, es el auténtico terror del Valle...

Damián era un atractivo joven de ojos claros que parecía bastante tímido y que titubeó antes de acercarse a saludarme. Cuando finalmente se decidió, me dio dos besos y Gonzalo prosiguió:

—¡Es increíble! Volver a encontrarnos justamente aquí. Desde luego...el mundo es un pañuelo, ¿no crees? ¿Por cierto, que haces tú por el valle?

—Ya ves...acudir a una cata de vinos. —dije por decir algo.



Luego por cortesía pregunté:

—¿Y tú?

—Yo vengo a menudo por aquí —dijo Gonzalo entre risas.

—¿Ah, sí...? ¿Y eso?

—Tengo casa aquí en el Valle.

—¿Tienes casa aquí?

—Sí, en Baqueira, en la Pleta.

—¿Tienes una casa en la Pleta de Baqueira? —dijo sorprendida.

—Bueno, en realidad es de mis padres, aunque la utilizamos todos los hermanos —dijo Gonzalo matizando.

—Y ahora también los amigos de los hermanos —dijo uno de sus amigos, en voz alta.

—Vaya... Debe ser una casa enorme.

—No creas, solo tiene cuatro habitaciones y aunque el fumeral<sup>9</sup> es bastante grande, cuando estamos todos juntos, ya sabes, padres, hermanos, sobrinos, chica de servicio...entonces resulta pequeña.

—Ah, claro... claro...

Y Gonzalo prosiguió:

—Pero esto solo ocurre en Navidad, el resto del año no tenemos problemas de espacio.

—¡Ah!, ¿de veras?

—Sí, porque somos cuatro hermanos.

—¿Sois cuatro hermanos? —repetí, porque no sabía qué decir.

—Sí, dos casados y dos solteros y cuando vienen los casados, los solteros compartimos habitación.

—¡Vaya...! qué bien os organizáis.

Entonces Gonzalo prosiguió:

—Además mis padres solo pasan aquí las fiestas navideñas, el resto del año no suelen venir al Valle

—¿Y todos los hermanos venís cada fin de semana? —pregunté.

—Todos, absolutamente todos de diciembre a mayo.

—Pero ahora estamos en septiembre ...

—Por eso estoy aquí, porque ahora tengo toda la casa para mí solo. Ja, Ja,

Entonces se escuchó al chico bajito y recordete :

—No mientas, Gonzalo... que no estás solo... Estás acompañado... y luego prosiguió entre risas: de tus amigos, claro...

Gonzalo sonrió y siguió preguntándome:

—¿Y tú qué haces por aquí, Bernadeth?

—Nada en especial, descansar y... mirar piedras.

---

<sup>9</sup> Altillo habitable tipo buhardilla típico de las casa de tipología aranesa.

—Mirar piedras, ja, ja. No entiendo cómo una chica como tú, puede perder su tiempo mirando piedras. Oye, por cierto, dijo cambiando de tema:

—¿Todavía sales con aquel chico?

—¿Qué chico? —pregunté aun sabiendo perfectamente a quién se refería.

—Uno moreno, bajito.

—No es bajito, mide casi metro ochenta.

—No es posible ¿Estás segura?

—Claro.

—Pues parecía más bajito. Claro que esto es lo que pasa cuando sales con una chica alta ...ja, ja... ¿Por cierto cuánto mides?

—No me acuerdo, pero más que tú seguro.

—*Touché*... —dijo Gonzalo y luego dirigiéndose al chico joven añadió:

—Mira Damián, esto es una mujer , inteligente y con sentido del humor y además... — entonces se me quedó mirando y no encontraba la palabra adecuada hasta que la voz de Sebastián dijo:

—... Alta.

—Escultural diría yo —dijo entonces el de la nariz afilada.

—Pero seguro que está ocupada, es decir, que tiene novio —dijo Sebastián

—¿Queréis que se lo pregunte chicos?

—No te digo... —dijo entre dientes Sebastián.

Y entonces Gonzalo me preguntó:

—¿Tienes novio?

—Sí, el bajito de metro ochenta —respondí sarcásticamente.

—¡No me digas que todavía eres su novia!

—No..., ya no soy su novia.

—Vaya me alegro, porque no me caía nada bien aquel tipo.

—¡Qué lástima!... porque ahora es mi marido.

Gonzalo se quedó mudo y su cara atónita me hizo reír por dentro.

Al cabo de un momento, cuando reaccionó, dijo:

—¡Bah!, no te creo.

—Pues no me creas —dije riéndome.

Entonces, como si nada, cambió de tema y me preguntó:

—Oye, ¿por qué no vienes con nosotros de marcha?

—No gracias, estoy cansada.

—Venga, ven con nosotros de marcha, Berni.

—No, de verdad, estoy cansada y además estoy acompañada.

—Por tu marido bajito —dijo ahora el de la nariz aguileña.

—No, listo, por mi amante —respondí irónicamente.

—¡Coño eso sí que es serio! —dijo Gonzalo entre dientes.

—Oye, oye, Gonzalo, tu amiga además de alta es inteligente —exclamó el más bajito y luego dijo :

—Conocéis chicos la frase que dice: El matrimonio es una cruz que debe llevarse entre tres. Ja, ja.. Y acto seguido se preguntó a sí mismo : Quién fue que dijo eso...coño, ahora no me acuerdo... bueno, quien sea, pero estoy seguro de que era un tipo inteligente.

—Entonces que venga también tu amante —dijo Gonzalo.

—No tío, que lo que nos falta son tías —replicó rápidamente Sebastián.

—Es verdad, nos faltan tías corroboró Gonzalo.

—¿No tendrás una amiga como tú en el valle? —preguntó ahora el alto de nariz aguileña.

—No, pero si me la encuentro te aviso. Ahora tengo que irme.

Entonces dije:

—Hasta luego y abandoné el corrillo.

Solo había dado unos pasos, cuando de repente noté que Gonzalo me cogía del brazo y dijo:

—Espera, espera Bernadeth. No te cabrees... Joder ...que nos conocemos de la Universidad

—Sí, pero estás borracho.

—¿Borracho? ¿Qué dices? ¡Ahora sí que te has pasado!

—Bueno Gonzalo, ahora en serio, tengo que irme.

—No te vayas, por favor... —dijo mientras me marchaba y, unos pasos más adelante, apareció de nuevo a mi lado, ahora entonando una conocida canción mientras cruzaba sus brazos sobre el pecho de forma histriónica.

Entonces no pude reprimirme y exclamé:

—Desde luego, Gonzalo, no has cambiado en absoluto. Y tras darme la vuelta me marché con paso ligero.

Cuando ya me había alejado lo suficiente para que no le vieran sus amigos, Gonzalo se acercó de nuevo hacia mí y me dijo ahora con voz serena :

—Perdóname Bernadeth, ya sabes que soy un poco gilipollas, y es verdad que he bebido bastante. Pero en serio que me he alegrado mucho de verte. Si estás por el valle unos días, llámame. Quizás podamos vernos y tomar un café.

Entonces me apuntó su número de teléfono en una servilleta y me dio un fuerte abrazo antes de ir en busca de sus amigos y, al ver que ya se habían marchado, decidió dirigirse hacia la salida en su busca.

La sala cada vez estaba más vacía, los invitados ya habían empezado a marcharse. Yo preferí no salir al mismo tiempo que Gonzalo y sus amigos que, con toda seguridad, estarían todavía en la salida discutiendo qué hacían o adónde iban. Así que decidí quedarme un rato más.

El problema era que esto suponía que tendría que beber más y, efectivamente, no pasó mucho tiempo cuando de nuevo apareció el chico con dos copas más.

—Este es un gran reserva. Pruébalo, te gustará —dijo— y luego añadió:

—Por cierto, ¿dónde está tu novio?

—No lo sé —dije para no dar más explicaciones.

Entonces el chico afirmó:

—Creo que se ha marchado.

—¿Se ha marchado? —pregunté sorprendida.

—Sí, creo que se ha marchado con sus amigos.

—¿Con sus amigos? —dije sin poder evitar una sonrisa —¿Cómo lo sabes?

—Porque le he visto salir con ellos.

—¿Y tú cómo sabes que era mi novio?

—Porque os he visto discutir.

—¿Cuándo?

—Antes, cuando os despedíais.

Entonces me di cuenta de que se estaba refiriendo a Gonzalo y sin sacarle del error le dije:

—Ah, claro.

—Volverá, supongo —preguntó.

—¿Quién?

—Tu novio.

—No, no lo creo.

—Bueno, si me esperas, nos podemos tomar juntos estas copas antes de marchar, no tardaré mucho.

—Está bien. Te espero entonces —dije sonriendo.

Cuando salimos a la calle la mayoría de los asistentes ya se habían marchado y tan solo quedaba el personal del evento y algún que otro acompañante.

Entonces, el chico me preguntó:

—¿Te apetece ir a tomar algo?

—No, gracias. Quisiera marcharme al hotel.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el chico amablemente.

—Sí, estoy bien, solo me siento un poco aturdida.

—Querrás decir disgustada.

—¿Disgustada? No, ¿por qué lo dices?

—Por lo de tu novio.

—No te entiendo.

—Bueno, es igual, no importa.

—No, no es eso, creo que estoy un poco mareada.

—¿Quieres que te lleve a algún sitio? He venido en coche.

—¿Puedes acompañarme al hotel?

—Sí claro, te llevo ¿Dónde está?

—No me acuerdo de la dirección, pero tú seguro que sí.

—¿Yo? No recuerdo que me hayas dicho donde te hospedas.

—¿No? ¿Seguro?

—No, o por lo menos no me acuerdo.

—Me alojo en el Eth ...eth...Sol...

—¿Dónde está?

—Está cerca de aquí, pero no me acuerdo de la dirección exacta.

—No te preocupes, intenta recordar algo que me sirva de referencia. Seguro que lo encontramos.

—Está delante del río, en dirección a Francia.

—Creo que podré encontrarlo, y si no, seguro que en tu bolso llevarás una tarjeta con la dirección exacta.

Entonces rebusqué en el bolso sin resultado hasta que decidí vaciar el contenido sobre mis rodillas. Finalmente apareció la tarjeta del hotel.

—Aquí está —dije mientras se la entregaba.

—Ah, sí, es el Eth Solan, ya sé donde está.

No tardamos mucho en llegar y, frente al hotel, al bajar del coche se me cayeron algunas cosas del bolso que el chico amablemente recogió y puso de nuevo en su sitio.

—Gracias por acompañarme —dije.

—De nada.

—Buenas noches.

—Buenas noches Isolda, respondió el chico.

¿Isolda? Me pregunté ¿Por qué me habrá llamado de este modo? pero estaba demasiado cansada y decidí seguir andando hacia la recepción del hotel sin preocuparme por resolver la cuestión.